



**PIEDAD, 1968**

DESCENDIMIENTO EN ANTONIO PADRÓN  
*Sergio Domínguez Jaén*

ELEGÍA  
*Frank Estévez*

## DESCENDIMIENTO EN ANTONIO PADRÓN

*Sergio Domínguez Jaén*

He llegado a esta ciudad de paisajes alegóricos, buscando la arcana concepción de tu pintura; inquiriendo en tus tablas, atisbando en los resquicios de la madera y en la sabia de sus vetas, por una creación sustentada en un universo imaginado, donde los seres habitan deshechos de un realismo intacto.

Entro en tu estudio, despacio, como cansado de tanto buscar argumento, fijo la mirada y atento te escucho: ante mis ojos se abre una cosmogonía inusual. Y es cosmogonía porque asistimos al alumbramiento de un cosmos como argumento inaugural de todas las cosas. Los elementos que forman esta naturaleza, son las propias concepciones de un mundo que no acaba de ponerse en contacto con una realidad que lo supera.

Este es tu espacio. Entro en la magnífica estancia del drama, un drama rural de vértices en lo oscuro. Desde la tremenda orfandad de los seres que se aprietan en las tablas sujetando los rasgos, enmascarándose, definiéndose azules o grises; amarillos y verdes, con la cabeza en la alta geometría interpelando al cielo, buscando desde su debilidad secular el amparo de otra realidad creada para ellos; un espacio acotado donde consignar la infancia y la desnudez de la conciencia, pero también un reducto desde donde dignificar la traza popular del ámbito inmediato que te rodea y que queda definido en el pulso de tu pintura.

Están tus seres habitados de melancolía: hombres y mujeres, niños, seres humanos que otean el horizonte de la vida; mujeres presidiendo el espacio que todo lo llena de impronta femenina. Mujeres

imprecando, alzando los miembros y la mirada, la frente aturdida, la cabeza levantada.

La mujer es un símbolo esencial de tu pintura y es símbolo porque es la llave para entrar en un mundo vedado sin esa presencia; es la consigna para acceder al orden primordial. Ellas son las portadoras de un universo religioso, espiritual y mágico: en unas ocasiones intervienen para corregir los órdenes naturales; en otras, en un sincretismo acumulador de elementos, testifican con el santiguado o la adivinación lejanos mundos que se tocan y se sienten pero que no se llegan a molturar.

Hacia el final de tu vida hay un sesgo penetrante de tristeza y amargura en tus tablas. Hay una indagación y comprensión de la secular cultura popular, hay un acercamiento al ámbito cotidiano entre un bestiario doméstico y un paisaje desolador y duro. Los rasgos pretéritos, los rasgos de las gentes de tu cercanía se doblan en muecas que en ocasiones parecen máscaras oteando un lejano parentesco con la espiritualidad africana.

Y en ese final de lo finales nos encontramos con esta tabla y entramos en otro drama que tiene a una mujer como pieza fundamental.

Y allí en el caballete, como la dejaste, inacabada por la premura de la muerte, la tabla como un presentimiento. Junto a ella los utensilios de la nada que se aproxima: la paleta con la miscelánea de colores agarrotados, untada de vida, molturada de secos óleos, la espátula, el pincel: la cocina de tu hechura.

En el esquema compositivo las formas agotan casi toda la tabla; hay una íntima relación entre el fondo y las figuras conformando una

atmósfera opresiva. Los elementos se ordenan en una composición hierática.

En el centro del campo visual, el círculo que forman los brazos de María y la cabeza del Cristo, acogen una metáfora de maternidad herida; y es regazo y útero; es la llaga existencial de María en el momento preciso después del descendimiento.

Este círculo es atravesado por una línea vertical que sube por el torso del Cristo hasta la cabeza de María. La escena está sostenida sobre la verticalidad equilibrada por un triángulo isósceles que conforma todo el conjunto, donde la desigualdad de la base hace estremecerse las imágenes.

En la distribución de espacios, la relación cromática es estrecha. La luz viene de la izquierda del cuadro, a medida que la luz se aleja de las superficies más iluminadas, alcanza zonas de penumbra en contraste con pinceladas amplias en la gama de los grises. En una frialdad cromática estremecedora el cuadro se nos acerca en toda su intensidad, metiéndonos en su composición e implicándonos en su relato.

Y este es el drama que acompaña tus últimas pinceladas: facciones de sin ojos pero con una expresión de profundidad tremenda; sin mirada, ausente, la mujer, perdida entre la oscuridad de la incomprensión, junto a un hombre yacente, inane, ayuno de vida, con unas desproporcionadas manos como queriendo asir la tierra que abandona, en contraste con el paño blanco de pureza.

Colores oscuros sosteniendo el drama final: marrones, escala de grises, ocre... todos fríos como el cuerpo que reposa en su consuelo. Atormentada ante la kénosis definitiva del Hijo del Hombre, ante el abajamiento del ser divino que cumple así su definitivo papel, su

finalidad y compromiso con el ser humano y con el mundo, María claudica. El perfil del rostro de Cristo abierto como un copón, el torso recto; hilos de sangre; hilos de sutura a la muerte... el cuerpo que se le va de las manos y todo aparece consumado.

Y aquí, en este punto de la reflexión, desciendo contigo a solas, salgo de tu obra y bajo los escalones de tu estudio con la horma de mi pie en tu huella hacia el patio que hereda la untuosidad de la umbría.

Algunos han visto en tu Piedad el presentimiento de tu muerte, de una llamada oscura de la naturaleza que te conducía hacia el inmortal abrazo con tu tiempo y pocos saben que en otra ciudad, en el Adriático, en un lugar que se hunde en la humedad de sus sillares, Tiziano en su Venecia, hace más de cinco siglos, pintaba su Piedad en la iglesia que le serviría de morada eterna y allí quedó su obra, inconclusa, como la tuya, abierta la historia y a la eterna pregunta buscando interrogantes y añadiendo respuestas a la inagotable hermenéutica, a la difusa ontología, que a la postre significa el dominio sobre la muerte, pero que en esta parte de la razón no se nos desvela y acaba por difuminarse en el ocaso de todos los tiempos.